

& POP

SUPERGRASS GONDWANA
VIDEOJUEGOS UNDERWORLD

ROCK

LO NUEVO DE LOS TRES
LA DIVERSION TOTAL

JORGE GONZALEZ

TECNO, CUMBIA... GUENO PA' GOZAR

POSTALES DE LA
TOMA UNIVERSITARIA

TERROR Y PICARDIA
DOS CARAS DEL PORNO

FREESTYLE
VUELTAS EN EL AIRE



38

\$1300 venta en kiosko recargo por
servicio de entrega en H, XI, XII \$150

CRÓNICA DEL ANUNCIADO NUEVO DISCO DE



JORGE GONZÁLEZ

EN EL MUNDO DE LAS CONGAS PENSANTES

En las próximas Fiestas Patrias habrá algo que celebrar: aparecerá en Chile **Gonzalo Martínez and His Thinking Congas**, la primera placa con participación de Jorge

González desde 1994. Esta es la historia de ese disco.

por Paula Molina y Ana María Hurtado

Una vez más, Jorge González estaba en Chile. Tal como lo había hecho a fines de diciembre, cuando asistió a la primera rave en el Parque Forestal con su hijo montado sobre los hombros; tal como lo hizo en abril, cuando fue al primer encuentro de la tecnocultura; tal como tantas veces desde que partió en 1994 a Nueva York para estudiar sonido.

Las cosas estaban resultando como siempre -no entrevistas, no reportes, nada nuevo- hasta la primera semana de abril, cuando el diario La Tercera publicó la enorme foto de un desconocido bajo el titular: «Gonzalo Martínez: el nuevo disco de Jorge González».

Lo primero de Jorge González después de *El Futuro se Fue* (93), un trabajo autista y hermético que fue el punto final del ex prisionero en el devaneo entre sus cada vez más experimentales gustos personales y las exigencias del público masivo para con la cara visible de la banda que se adueñó de la voz en los '80.

De un extremo al otro

En *Corazones* (1990), el último disco de Los Prisioneros, Claudio

Narea ya no estaba. Tras una larga etapa de discusiones, el guitarrista decidió seguir su propio camino (con Profetas y Frenéticos), que hasta el día de hoy tiene que ver con vertientes tradicionales del rock más que con los recursos electrónicos de los que se comenzaron a enamorar sus dos compañeros.

Lo de ellos tampoco era un capricho. Jardín Secreto, la banda de Miguel Tapia, acaba de lanzar un segundo disco completamente electrónico (*El Sonido de Existir*). Y González, después de un viaje estilístico sumamente largo y cansador (que incluyó su super producción solista **Jorge González**), había vuelto al abrigo de las máquinas radicalizando su opción a tal punto que el resultado fue una sorpresa para todos. Mala sorpresa para el sello, que no conoció nada de la música hasta que todo estaba hecho (con horas de estudio en Londres incluidas), para un disco que vendió cifras mínimas. «Nunca quisimos mostrarles nada y ellos lo acataron así», cuenta Oscar Larraín, su manager de entonces. De alguna forma, pese a sus resultados comerciales, éste fue, según quienes lo conocen, un triunfo perso-

nal y creativo para González, hastiado de las exigencias comerciales que implicó la promoción de su debut solista.

«El éxito comercial nunca fue un tema en *El Futuro se Fue*», cuenta Carlos Cabezas, que acompañó a González en la producción de ese disco. «No sé si alguna vez a Jorge le importó tener éxito comercial. Lo que pasó con su primer trabajo solista fue que se puso a disposición del sello para lograr un producto mejor. Las expectativas de la gente a veces confunden las cosas para el artista. Es meritorio que Jorge haya enfrentado la superproducción que significó su primer disco solista. Las cosas no se hacen para representar generaciones sino por la exigencia interna que uno tiene como artista. *El Futuro se Fue* jamás se habría hecho sin el antecedente del disco anterior. Necesitaba renovarse».

Sucesivamente, los dos discos desconcertaron. El primero por el glamour vendedor con que se le pretendió asociar, y el segundo por incomprensible. Oscar Larraín, su manager de entonces, ve en esa actitud creativa una respuesta de González a lo mal

que lo había pasado por culpa de la sobreexposición.

«*El Futuro Se Fue* es una declaración de principios muy honesta, porque para Jorge eso del poder y de ser famoso era una mierda. El lo pasaba pésimo. Quería dar una etapa por concluida».

Y parece que lo hizo. Armó maletas y partió a Nueva York para estudiar producción musical con métodos electrónicos. Continuó con su opción de no dar entrevistas (sigue sin demasiada admiración por los medios de comunicación, y en particular el trato que tuvieron con sus discos post-Prisioneros) y se dedicó a aprender sobre los sonidos que lo atraparon, que se conocen mejor en el hemisferio norte. En eso andaba en el gran Love Parade que se realizó en Alemania el '95, donde se encontró con el que ahora es su nuevo colaborador. El desconocido de la foto en el diario que es la otra mitad en el tercer disco de Jorge González.

Su nombre es Martín Schopf, alias Dandy Jack, 30 años, hijo del escritor Federico Schopf (destacado autor y poeta de verdad, cuyo nombre es tan poco popular como los de la mayoría de los escritores pre-Planeta y sin



boom) y hermano de Adrián Schopf (Alias DJ Adrián).

Se habían visto antes, pero la amistad comenzó en el marco del Love Parade, y la idea del disco comenzó a tomar cuerpo en diciembre de ese mismo año, en Nueva York. Pero sólo doce meses después comenzaría el trabajo real.

Hubo otros hechos claves que pavimentaron el camino al álbum. Después de 22 años vividos en Alemania, 3 en España y las raíces en ninguna parte, Dandy Jack tenía ganas de establecerse en algún lugar.

Se presentó por primera vez en Santiago junto al músico Atom Heart en abril de 1996, en el Planetario. Durante ese año también tocó junto a su gran amigo Plint Ellen con Sieg Über Die Donne en la Oz, Planet y la Perreira.

Impresionada por los conciertos de Jack, Cecilia Aguayo (integrante de Los Prisioneros desde el disco *Corazones* y hasta su disolución y ahora compañera de Tapia en Jardín Secreto) insistió en que la dupla produjera *El Sonido de Existir*, que estaba casi listo esperando la señal del sello Warner, con quien la banda debutó el

'94 (aprobación que finalmente nunca se concretó).

La oferta fue una señal para Jack, quien es un tipo despierto y pronto se dio cuenta de que en Chile no sólo encontraría sus raíces latinas y estrecharía vínculos con su hermano Adrián. También gozaría la alegría y los beneficios de quien trae el juguete nuevo, que en este caso se llamaba tecno.

Ha sido al alero de Microman (la productora que Jack instaló este año) que se han desarrollado las fiestas electrónicas más grandes de Chile, exceptuando la jornada del Forestal, que es el orgullo del colectivo Euforia y la iniciativa rave de Cometa, en Arica, a la que también asistió.

En este contexto, hacer un disco con Jorge González es para Schopf una forma rápida y medio dramática de entrar a la historia de Chile.

La química

A Schopf le interesaban especialmente los ritmos caribeños, según la expresión que tenían en la década de los '40 o '50, con interpretaciones preciosistas y grandes voces. Le sor-

prendía mucho cómo funcionaban esos ritmos en los europeos. No es raro, el tecno es una suerte de neo hippismo, de vuelta a las raíces, de tribalismo. Es la expresión musical más moderna y es también la más primitiva.

Schopf -que tiene un sobredesarrollado sentido de la oportunidad- se sorprendió cuando supo que González transmitía en una frecuencia similar. Estaban pensando en mezclas y experimentos como tecno-cumbia, tecno-salsa, tecno-latino, de alguna manera cercanas a las aleaciones de ritmos tradicionales en formatos modernos presentes en *El Futuro Se Fue*.

Schopf es un tipo despierto, ambicioso, comunicativo, divertido. Un dinamo humano, como dice una película de Woody Allen. González es un talento tranquilo y a Schopf esa calma le sentó bien.

«La química es muy importante cuando haces este tipo de música. Tienes que pasar a veces horas encerrado con otra persona, así que si las cosas no funcionan puede ser desquiciante».

González y Schopf se reunieron más de una vez en Nueva York y agre-

garon a su trabajo las ideas de Gonzalo Martínez, personaje semi-maravilloso cuya existencia Dandy Jack asegura: es un niño de 15 años, hijo de chilenos, que vive en el Bronx y hace música con sus sintetizadores. ¿La infancia soñada del ex Prisionero?

En mayo, terminadas las sesiones en Nueva York y Santiago, el álbum estaba listo. La mezcla se realizó en los estudios de Monasterio, el tercer socio de Microman y socio de Jack en la importación de equipos de audio.

El romanticismo según González

Son las once de la mañana y Rock & Pop cabecea sobre las mullidas butacas de la sala principal de la Sociedad del Derecho de Autor. Al frente están Jorge González, un computador, una mesa de audio. Al costado izquierdo una gran pantalla reproduce un gráfico donde se representan, encerrados, congas, arpas, un bajón, etc. Catorce sonidos que son recombinados, recompuestos, a través de un MIDI. Merodean otros periodistas; un fotógrafo trabaja sin molestar a nadie; sobre el



«HAY QUIENES PIENSAN QUE LAS MÁQUINAS LO HACEN TODO EN LA MÚSICA, PERO NO», EXPLICA GONZÁLEZ. «ES MÁS FÁCIL TOCAR GUITARRA. LO DIGO YO PORQUE TOQUÉ BASTANTE TIEMPO».

final de la clase entra un equipo de televisión.

El curso, reducido, escucha y escucha. El jueves 24 de abril completará cuatro días escuchando. La clase se llama «Producción de un tema con tecnología MIDI / audio digital» y costó entre diez y catorce mil pesos. Los músicos pagaron menos, pero sólo hay un músico reconocido.

Tres años atrás, en ese mismo escenario y con similares artefactos, antes de partir a Estados Unidos, González había mostrado sus primeras composiciones tecno a un atollado y sorprendido público que gritaba desde la platea «tócate una de Los Prisioneros».

Cómo describir el efecto que creaban frases como esa en el ánimo del músico. Mientras González contestaba a voz en cuello y subía el volumen, parte de la platea se ofendió y se fue.

La música que escuchamos con tanta atención ahora es muy similar a la de entonces. No guitarras. No bajo. No batería. No nada que se parezca a los que tu madre entiende por un instrumento musical.

La breve secuencia con la que trabaja González -quien explica con detalle y cuidado lo que está hacien-



do- es un ritmo latino en clave tecno. Aunque muy pequeña, la mezcla es deliciosa, y anuncia un desarrollo ingenioso y muy interesante.

González parecía preocupado por quienes tomaron ese curso. Se esforzaba por hacer comprensible esa árida serie de imágenes y compartir la emoción que a él le causaban. Se reía.

«Las máquinas no hacen las cosas más fáciles -declaró un día a la clase- Si uno tiene una visión romántica de los '70 y los '80 sólo recuerda las cosas buenas que se hacían en esa época y no recuerda las malas. Así que es fácil. Yo creo que ser romántico es encontrar bueno y bonito lo que está pasando ahora. Pensar lo buena que es la música que se está haciendo ahora; qué bonita la calle hoy».

«Las máquinas son signos de los tiempos -continuó-. Hay quienes piensan que las máquinas lo hacen todo en la música, pero no. Es más fácil tocar guitarra. Lo digo yo porque toqué bastante tiempo».

Finalmente cuenta por qué no da más entrevistas (lo que aclara por qué esta nota no cuenta con una): «A mí el trabajo en estudio me asombró, me asombró, me encantó. Y un día me di cuenta de que cuando daba entrevistas perdía un tiempo valioso que

